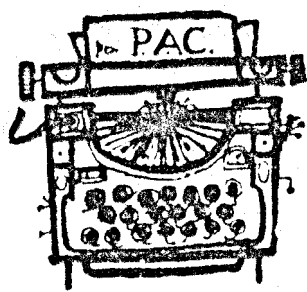


Equilibrio y Rebeldía entre
la Mano y la Cabeza

El Científico y el Intelectual



Un joven universitario, cuya carta publico en esta misma página, me hace una serie de interrogaciones sobre el papel del intelectual y del técnico en una cultura. Hace algún tiempo, otro universitario me hizo la siguiente entrevista que quizás pueda servirle de respuesta:

P:—Cree Ud. que el desarrollo científico que ha vivido el mundo en los últimos cien años ha sido negativo o positivo para la formación moral y cultural de la humanidad?

R:—Si me dejara guiar por el instinto ambiental o por la presión de la corriente de opinión que predomina en el mundo en que vivo, contestaría a ciegas que la Ciencia ha sido positiva para la formación moral... etc. Pero tengo derecho a ser instintivo al hablar de la Ciencia? Si dudo por qué no decirlo? Esto me recuerda una vieja leyenda. La cuentan así:

Al alumbrar el alba del primer día del año, baja de Amerisque por los caminos de la sierra, la Muerte. Viene a caballo. Viene arreando una partida de ganado. Sus gritos se oyen en la montaña. Gritos largos, sabaneros, mientras los gallos cantan y van quebrando albos.

La Muerte baja por los caminos. Quien la mira pasar por un lado del sendero ve a la mujer hermosa, con su sombrero de palma, montada a la jineta detrás del hato y todos sus ganados son gordos, sanos, de pelo lustroso y bien repastados. Pero quien la ve pasar del otro lado del sendero, ve una mujer esquelética, engusanada, la calavera bajo el sombrero roto y el caballo es un cacaste descompuesto y cada res es hueso y carne podrida que va dejando caer gusanos al paso por el camino.

Y dicen que aquel que ve el arreo por el lado hermoso será feliz en el año, pero quien ve el arreo por el lado siniestro morirá en el año, y si es mujer encinta perderá al hijo y si es sembrador perderá sus cosechas.

La leyenda parece querer enseñarnos a no ver el lado malo de las cosas. Sin embargo, ella misma se encarga, misteriosamente, de hacernos ver que todo lo que avanza lleva vida y lleva muerte.

Porque el hato de la muerte camina, es decir, progresa. ¿Hay, pues, un lado mortal en lo que avanza? O es uno —el que mira— el que daña y el dañado?

Usted me pregunta si el desarrollo científico ha sido negativo para la formación moral. Yo diría más bien que la formación moral no ha tenido un desarrollo paralelo al científico y que esto ha provocado una crisis.

P:—¿Qué razones fundamentan su respuesta anterior?

R:—El desarrollo científico y técnico ha ido dando al hombre cada vez mayor poder no sólo para someter a la Naturaleza, sino para crearse objetivos a su arbitrio —en un mundo artificial— objetivos que antes eran utopías, pero que ahora puede conseguir creando los medios necesarios para su realización. Pero el poder conseguido, por grande que sea, no es un valor completo. No se ha desarrollado una ética del uso de ese poder. Constantemente vemos que los “adelantos” sirven contra el hombre. Por ejemplo, no hemos terminado con la tortura, sino que hemos usado la ciencia (aun las más nobles ciencias como la psicología) para “perfeccionar” su monstruosidad. Otro ejemplo: el terror de nuestro tiempo es la guerra atómica y sin embargo, el átomo es la más hermosa conquista científica de nuestro tiempo, etc. Por tanto el desarrollo científico no es positivo ni negativo, para la formación moral, sino que es una esfera distinta que exige, como complemento —para el progreso total humano— el desarrollo paralelo del mundo del espíritu y de la moral. En otras palabras, el desarrollo científico arrea un hato mitad de vida y mitad de muerte: del hombre depende su signo.

P:—Considera Ud., entonces que la técnica debe sujetarse a la moral?

R:—Considero que la técnica debe sujetarse al hombre. Que la mano debe sujetarse a la cabeza. Voy a explicarme: El hombre aparece sobre la tierra en posición erguida. Para los evolucionistas el hecho de adoptar esa posición vertical es lo que marca el comienzo del hombre. La necesidad de saber —o el fuego de espíritu que enciende en idea el acto de mirar— hizo al hombre levantar la frente. Pero ese mismo movimiento producido por la mente —el acto de erguirse— deja también libres las manos (ya no tiene el hombre que andar sobre ellas como los otros mamíferos) y entonces las manos entran a servir a la cabeza; exploran, constatan y cogen los objetos, luego fabrican instrumentos que facilitan la vida y que libertan cada vez más a la mente de las necesidades animales. La cabeza libra a las manos. A su vez, las manos van a ser usadas para librar a la cabeza, para darle libertad a la inteligencia.

Según las teorías científicas más valederas actualmente todas las especies animales se han ido transformando conforme sus órganos se han ido adaptando instrumentalmente a las nuevas necesidades. En la evolución de las especies, el animal, para subsistir, amolda sus órganos al nuevo medio que le toca vivir, y poco a poco, (a través de milenios) va transformándose hasta convertirse todo él o parte de él en el nuevo instrumento que necesita para subsistir. Así, por ejemplo, un “topo” es un ser que convierte todo su cuerpo en instrumento excavador; un caballo es un ser que ha evolucionado conformando todo su cuerpo para correr. El delfín es la conversión de todo un cuerpo en instrumento integral de natación. Un pájaro es un cuerpo-instrumento volador.

Con el hombre sucede algo enteramente distinto. En vez de convertir su cuerpo en un instrumento de subsistencia, crea, como cosa EXTERIOR los instrumentos que necesita para subsistir. En vez de hacerse “topo”, construye la piqueta o el hacha para excavar. En vez de esclavizar todo su cuerpo, como el caballo, a la velocidad, inventa la rueda; en vez de hacerse delfín, construye la nave. Sólo el hombre es capaz de fabricar instrumentos sin encarnarse en ellos. Por eso es el único animal que se libera de las inflexibles leyes de la evolución biológica! no necesita someterse todo a la materia, no necesita transformarse morfológicamente para subsistir y progresar! — puede variar indefinidamente según sea el ambiente que afronta, aguzando su inteligencia cada vez más y adquiriendo para ella cada vez mayor libertad... La cabeza dijo: ¡Alto! a la zoología. Y la Mano cumplió sus órdenes: fabricó instrumentos.

Así el hombre, “sin medios defensivos, sin colmillos, sin cuernos, sin garras, sin caparazón, sin escamas, tiene la mano” (1) que más que instrumento universal, es inventora de instrumentos: hace oficios, toca, avisa, defiende, y finalmente con la mímica, habla, se une al habla, a la lengua que es la otra gran creación del hombre.

A medida que la mano trabaja, el Cerebro se libera. Junto a los primeros restos humanos encontramos ya los primeros restos de toscos utensilios; las primeras huellas de la Mano. Pero también sin la mente, qué es la Mano? Garra, casco, torpe prehensión de mono a lo sumo! La mente en la mano es la mano milagrosa del pianista, la del pintor, la del escritor, la del escultor, alma en los dedos, “exteriorización activa del cerebro”. Siempre la Mano —el “homo faber”— ha recibido sus poderes de la Cabeza —del “homo sapiens”— y este nexo jerárquico ha sido el fundamento de toda gran cultura humana... ¿no nos lo revela, desde nuestros orígenes, Prometeo? La mente ve el fuego en la naturaleza, lo observa, lo estudia. Luego, la